

¡EN SUS ALAS TRAERA CURACION!

Por MO. ML 969 X-79

Hoy en día, la gran mayoría de las iglesias piensa que los relatos de Jesús y sus discípulos son cuestiones vinculadas a un pasado muy lejano. Los consideran cuentos infantiles, de ninguna manera algo real. Les parece que no guardan relación alguna con ellos: ¡Dios está muy lejos, el Cielo queda por allá arriba, Jesús murió hace mucho tiempo, todo eso es algo muy remoto!

¡Pero las cosas que hizo el Señor pueden suceder también hoy en día! Él sigue siendo tan real como siempre y es capaz de hacer lo mismo y hasta más. ¡Dios sigue vivo y continúa actuando tan portentosamente como siempre entre los que confían en Él! Él dice: «Yo el Señor **no cambio**» (Malaquías 3:6), **«¡Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos!»** (Hebreos 13:8) y «el que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aun **mayores** hará, porque Yo voy al Padre» (Juan 14:12). «Y estas señales seguirán a los que creen... **sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán**» (Marcos 16:17,18).

¡Los milagros no son algo que pertenece únicamente al pasado! Dios todavía se dedica a transformar los cuerpos que lo necesitan, además de corazones, mentes y espíritus. ¡A Él, el Dios de toda la Creación, obrar una curación no le supone gran cosa! Si es capaz de **crear** el cuerpo, ¡desde luego que es capaz de **reparar** sus averías! Si Él nos creó, ¡evidentemente puede arreglarnos!

Él dice: «**A vosotros los que teméis Mi nombre, nacerá el sol de justicia, y en Sus alas traerá curación!**» (Malaquías 4:2.)

POR QUÉ TENEMOS APUROS, PRUEBAS Y TRIBULACIONES

¿Guarda el Señor a Sus hijos de todo accidente, enfermedad y apuro? ¿O por el contrario, nos deja a veces pasar **muchos** apuros? Mientras estés en tu cuerpo físico, no hay garantía segura de que no vayas a enfermar jamás!

El Señor no ha dicho nunca que Sus hijos jamás tendrían enfermedades ni dolencias; lo que sí prometió fue que nos libraría de todas ellas. ¡Porque «**muchas** son las aflicciones del justo, pero de **todas** ellas le **librará** el Señor!» (Salmo 34:19.)

Como es natural, siempre nos preguntamos por qué nos sobrevienen enfermedades y problemas, pero Dios siempre lo permite por un motivo, ¡y yo estoy convencido de que a ninguno de Sus hijos le ocurre nunca nada por casualidad! He descubierto por propia experiencia, y por la de muchos otros, que Él siempre permite esas cosas con un **fin**, ¡aunque no siempre nos lo revele inmediatamente!

El Señor se vale muchas veces de enfermedades, dolencias y cosas así para ponernos a prueba y hacer que nos acerquemos más a Él, clamemos a Él en oración y le busquemos de todo corazón. Se ha dicho: «Dios hace ciertas cosas para que nos **volvamos humildes, otras para **mantenernos** humildes, y aun otras para comprobar que **seguimos** siendo humildes». De lo contrario, tendríamos tendencia a dejarnos llevar por la corriente. Pero todo eso nos obliga a apoyarnos más en el Señor.**

O sea, que algunas cosas suceden únicamente para mantenernos unidos al Señor y humildes y enseñarnos a apoyarnos más en Él. A veces ocurren para unirnos más a los que nos rodean. Otras para hacernos orar. Hay toda clase de razones por las que Dios permite que tengamos contrariedades.

¡Hasta Jesús «aprendió obediencia por lo que padeció»! (Hebreos 5:8.) Todos sabemos que Jesús era perfecto y que no se provocó a Sí mismo Su sufrimiento por haber pecado. El Señor permite esas cosas para fortalecer nuestra fe.

En ciertas ocasiones, pues, no es forzosamente porque hayas hecho nada malo: Como aquel hombre de la Biblia que era ciego de nacimiento, y del cual dijo Jesús que si estaba ciego **no** era por sus pecados, ni siquiera por los de sus padres, «sino para que las obras de Dios se manifestaran en él»; ¡tras lo cual se apresuró a curarlo para demostrarlo! (Véase el capítulo 9 de S. Juan.)



A veces nos enfermamos para que Dios pueda hacer un milagro y curarnos, lo cual es un **testimonio**, aun sin haber obrado mal ni hecho nada indebido para merecerlo. Tal vez Dios dejó que enfermaras para poder curarte y demostrar así Su poder.

Pero **cualquiera que sea** el motivo, recuerda siempre que **todo lo que Dios hace, lo hace por amor. Y que «a los que aman al Señor, todas las cosas les ayudan a bien»** (Romanos 8:28). Si eres hijo de Dios y le amas, Él no permitirá que te suceda nada que no sea para tu **bien**. Pero dirás: «¡Pues a mí me pasan muchas cosas que no me parece que sean de bien!» Pero me atrevería a decir que tarde o temprano viste que por una u otra razón te hicieron bien. Y si no, ¡pronto lo verás!

Por eso dijo el rey David en sus Salmos: **«Bueno me es haber sido humillado,** para que aprenda Tus estatutos. Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora **(después de haber sido humillado)** guardo Tu Palabra» (Salmo 119:71,67). ¡Aleluya!



De modo que hasta las desdichas y tribulaciones nos pueden venir bien. ¡Gracias a Dios! Y aunque a veces tardes semanas, meses y hasta años en descubrir el motivo, ¡llegará el día en que sabrás que Dios tenía razón y que hizo lo que convenía!

¡LA CURACION ESTA A TU ALCANCE!

Si bien «**muchas son las aflicciones del justo, de todas ellas te librará el Señor**» (Salmo 34:19). ¡Por muchas que sean y del género que sean! Dice: ¡de **TODAS**, toditas! No sólo de algunas, o de unas cuantas, o de muchas, o de la mayoría, ¡sino de todas! ¡Todas ellas! De acuerdo, pues, con la Palabra de Dios, ¡podemos contar con que Él nos va a librar!

¡**La curación está a tu entera disposición!** En la Biblia, que es la Palabra de Dios dirigida personalmente a cada uno de nosotros, hay **montones** de versículos que tratan de la curación. En Su Palabra Él nos ha hecho **promesas**, promesas que podemos **reivindicar** y **contar** con que Él **cumpla**. «Nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por **ellas** llegaséis a ser **participantes de la naturaleza divina**» (2Pedro 1:4).

Ellas son precisamente las que te infundirán fe. La fe viene poco a poco; se edifica oyendo la Palabra de Dios. No le viene a uno de golpe. «Así que la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios» (Romanos 10:17). Esa es la ley de la fe.



¡**Muchas veces la falta de fe se debe a la ignorancia!** Si piensas: «¡Ay, válgame Dios, no tengo suficiente fe para que Dios me cure!», es porque te falta la Palabra. La fe se funda en la Palabra; léela, pues, elevando la mente al Señor, y pídele a Dios que te dé más fe.

Dios nos lo es capaz de curarnos, ¡sino que quiere hacerlo! Cuando un pobre leproso se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, **si quieres**, puedes limpiarme», dice la Escritura que «Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: '**Quiero**; sé limpio'. Y al instante su lepra desapareció» (Mateo 8:2,3). ¡Él está más deseoso de dar que nosotros de recibir!

Lo único que Él nos pide es que le honremos con nuestra fe, creyendo en Su Palabra y Sus promesas. «Sin **fe** es imposible agradar a Dios; ¡porque es necesario que el que se acerca a Dios **crea** que le hay, y que es galardonador de los que le buscan diligentemente!» (Hebreos 11:6.) ¡Confía en el Señor! «¡Él **no ha faltado nunca a ninguna de todas sus buenas promesas!**» (1Reyes 8:56.)

«POR SUS LLAGAS...» (ISAÍAS 53:5)

La Salvación es tanto para el cuerpo como para el espíritu. Del mismo modo que la **sangre** de Jesús fue derramada para la **Salvación** de nuestros **espíritus**, Su **cuerpo** fue partido para la **curación** de nuestros **cuerpos**. Él murió para salvarte, pero sufrió para curarte.

«**Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias** en Su cuerpo sobre el madero» (Mateo 8:17; 1Pedro 2:24). Pues «Él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él y **por Sus llagas somos nosotros curados**» (Isaías 53:5).

¿Qué quiere decir eso de «por Sus llagas somos nosotros curados»? **Que tenemos expiación aun para nuestras enfermedades.** Jesús **pagó** por ellas con Su sufrimiento físico. Así pues, podemos **reclamar** la curación como parte integral de Su expiación, por estar incluida en el precio que El pagó. **Ya** está a tu disposición; ¡sólo tienes que pedirla!

«**Ya el gran Médico llegó, Jesús el compasivo.** Se inclina y oye tu clamor; ¡escucha a Jesucristo!»

Los que hemos recibido personalmente a Jesús en nuestro corazón ya disponemos de su poder para curar, que se manifiesta en nuestros cuerpos en la curación que nos da el Señor (V. Romanos 8:11). Sin embargo, ésta no se realizará de una manera **total** y perfecta hasta que obtengamos nuestros cuerpos sobrenaturales, que serán indestructibles y **eternos**, y sobre los cuales la muerte y la enfermedad ya no tendrán ningún poder ni derecho.

La curación, al igual que la Salvación, es una muestra de lo venidero. La experiencia de la Salvación es una pequeña **muestra** de lo que serán el Cielo y la Salvación eterna. ¡Ya tenemos un cachito de Cielo en nuestros corazones! Como dice la Palabra, «gustamos del don celestial y de los poderes del siglo venidero» (Hebreos 6:4,5).

Del mismo modo, cuando Jesús nos cura, recibimos una muestra de lo que va a hacer Él un día de estos. No se limitará a darte un **repuesto** nuevo ni a arreglarte o repararte un poquitín, ¡sino que te entregará un flamante **modelo celestial!** (Véase 1Corintios 15:42-58.) **Mientras tanto, seguimos confinados a nuestros cuerpos humanos, corruptibles y carnales**, y prácticamente lo único que hace Dios ahora cuando nos cura es remendarnos para que duremos un poquito

más. Se limita a hacernos algunos arreglos y reparaciones cada vez que nos hace falta, como si fuéramos un auto. Y es que de eso trata precisamente esta lección: ¡de cómo puede uno obtener curación y valerse del «servicio de reparaciones» divinas mientras circula en este gastado cuerpo mortal que tanto se avería y que tantas molestias nos ocasiona!

¡EL PODER DE TUS ORACIONES!

«**La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará;** y si hubiere cometido pecados le serán perdonados» (Santiago 5:15).

¡La oración tiene mucho poder! Cuando oramos, suceden cosas y se producen cambios. Dios responde a las oraciones. En una ocasión Dios le dijo a Israel que si le estaban pasando cosas malas era porque «nadie se **despertaba** para invocar Su Nombre» (Isaías 64:7).

Si clamas fervorosamente y se lo pides de todo corazón, ¡Él te responderá! Él dice: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de **todo vuestro corazón**» (Jeremías 29:13). Y «clama a Mí, y Yo te **responderé**, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3).



¡Recuerda que tienes a tu favor todas las promesas de la Biblia, «preciosas y grandísimas promesas»! (2Pedro 1:4.) Por eso, cuando ores, **preséntaselas para recordárselas.** Así demuestras que tienes fe en ella, y es esa declaración categórica de tu fe y de tu conocimiento de la Palabra lo que le agrada a Dios (V. Colosenses 1:10; Hebreos 11:6; 1Juan 3:22).

Él dice: «Probadme ahora y ved si no derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). Todavía no ves la bendición, Su curación. Unicamente Su Palabra te la garantiza; ¿cómo sabes que la va a derramar? ¡Tienes que poner a Dios **a prueba!** Tienes que intentarlo. Tienes que comprobar que es verdad, ni más ni menos. Has de poner a Dios entre la espada y la pared.

Él hasta llega a decirnos: «¡Mandadme acerca de la obra de Mis manos!» (Isaías 45:11). ¡Hazle cumplir Su Palabra! ¡Exígele que te responda y cuenta con ello! ¡Él ha prometido hacerlo! Pon tu fe en el Señor y cita y reclama versículos, como hizo Jesús cuando fue tentado (Véase Mateo 4:4,7,10). ¡Afírmate en la Palabra, esa Roca maciza que es el fundamento de la Verdad!

¡Dios está obligado por Su Palabra! Así que recuérdasela, aférrate a Sus promesas, apréndetelas de memoria y cítalas en todo momento, y no dudes ni por un instante que Dios va a responder, ¡y Él responderá! ¡Tiene que hacerlo! ¡Quiere hacerlo! ¡Confía en Él!

Jesús dice: «Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). Y ésta es la **confianza** que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que **tenemos** las peticiones que le hayamos hecho» (1Juan 5:14,15). Lo único que tenemos que hacer es creer Sus promesas y orar, contando con que nos responderá.

El Señor puede remediar las cosas, y para Él no hay nada imposible. Él es «poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20). Sólo hay que creer y confiar en Él, y pedirselo en oración. «¡Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios, y al que **crea todo** le es posible!» (Lucas 18:27; Marcos 9:23.) ¡Aleluya!

EL «HORNO DE FUEGO»

Así y todo, hay veces en que el Señor no nos responde inmediatamente, lo cual pone a prueba nuestra fe y nos acerca a Él en Espíritu, porque nos vemos obligados a acudir a Él y Su Palabra; de otra forma, a lo mejor no les dedicaríamos tanto tiempo y atención.

¡El apóstol Pablo tuvo una enfermedad o «aguijón en la carne» hasta el día en que murió, para que no dejara de ser humilde! Ni siquiera se le podía

confiar una salud plena, pues de otro modo quizás se le habría subido a la cabeza, ya que el Señor lo había honrado en muchos otros aspectos.

Él dijo: «Para que no me exaltase, me fue dado un aguijón* en mi carne. Respecto a lo cual **tres veces** he rogado al Señor que lo quite de mí. Mas me ha dicho: Bástate Mi gracia; porque **Mi poder se perfecciona en la debilidad»** (2Corintios 12:7-9).

Todos nosotros tenemos también debilidades que constituyen nuestro «aguijón en la carne». Porque si no tuviéramos ninguna de esas flaquezas y fuéramos todos perfectos, no podríamos ayudar gran cosa a **los demás**; si fuéramos tan santurriones y perfectos, no podríamos ser comprensivos ni compasivos; ni siquiera los comprenderíamos. De modo que a veces puede que seamos de más utilidad al Señor con nuestras dolencias y debilidades, o que seamos mucho más **humildes** y tengamos más fe, que si el Señor nos curara.

¡El aguijón que tenía Pablo en la carne no le impidió servir al Señor! ¡No lo incapacitó para servir al Señor! No desistió y abandonó sólo por tener un pequeño aguijón en la carne --da la impresión de que era un defecto de la vista-- (véase Gálatas 4:13-15).

¡Antes de curarnos, Dios pone a prueba nuestra fe y nuestra voluntad para obedecer, quiere ver si vamos a creerle y obedecerle aunque pensemos que no nos curaremos **nunca!** ¿Por qué iba a honrarnos con la curación si nosotros no le honramos con fe? ¡Tenemos que creer y obedecer al Señor aunque nunca nos cure!

Como los tres muchachos hebreos que fueron arrojados a un horno de fuego porque no quisieron renegar de su fe y postrarse ante el ídolo del rey de Babilonia. Dijeron: **«Nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano nos librará... Y si no, ¡sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos tu estatua de oro!»** (Daniel 3:17,18.)

¡Parecía que les había llegado la hora, pues al horno fueron a parar, y las llamas emitían tanto calor que hasta mataron a sus verdugos! Sin embargo, a causa de su **fe y obediencia**, ¡Dios estuvo con ellos, y salieron sin despedir siquiera olor a humo! (Véase Daniel 3.)

¡Primero hay que creer y obedecer, y luego Dios contesta las oraciones! «Porque vuestra **fe, probada**, es más preciosa que el **oro**, ¡más que el oro fino! Cuando hayas pasado por el fuego, saldrás como oro. Porque la obra de todo hombre será sometida a prueba, y se sabrá de qué está hecha; si de madera, heno, hojarasca, o de objetos preciosos como oro, plata y piedras preciosas; y todo lo que no sea de valor será consumido por el fuego, mas todo lo que sea de valor resistirá» (1Pedro 1:7; 1Corintios 3:12-15).

He aquí --dice--, te he purificado, y no como a plata; te he escogido en horno de aflicción» (Isaías 48:10). Así que «no os sorprendáis del **fuego de**

prueba que os ha sobrevenido» (1Pedro 4:12). Con la intervención del poder milagroso de Dios, lo lógico no tiene por qué ocurrir, como pasó con los tres muchachos hebreos. Puede que tengas que **pasar** por el fuego, ¡pero el Señor puede librarte fácilmente y sacarte del fuego sin despedir siquiera olor a humo! Él dice: «He aquí que Yo soy el Señor, Dios de toda carne; ¿hay algo que sea difícil para Mí?» (Jeremías 32:27.)

¡EL PODER DE LA ALABANZA!

Las dolencias y enfermedades suelen ser verdaderas pruebas, pero muchas veces terminan por producir resentimiento y murmuración, ¡y algunos hasta le guardan rencor a Dios si no los cura! "Si me curara, le serviría. ¡Pero Él no me quiere ni se preocupa por mí, porque no me cura!"

¡Ese tipo de dudas, temor, desaliento y murmuración son mortales! ¡Fíjate en la vieja generación de israelitas murmuradores que murió en el desierto por su falta de fe! «¡Padecieron tantas cosas en vano!» (Gálatas 3:4.) ¡Como se quejaron, pasaron por todo aquel sufrimiento sin llegar a disfrutar nunca de los beneficios! Los que se quejan de la batalla y abandonan poco antes de la victoria, ¡nunca llegan a gozar de ella!

¡En cambio la fe, la confianza, el valor y las alabanzas al Señor dan vida! Si quieres dejar K.O. al Diablo, ¡ponte a alabar al Señor pase lo que pase! ¡El Diablo no aguanta eso! ¡Se da la vuelta y pone pies en polvorosa! «Resiste al Enemigo y huirá de ti, porque el verdadero amor echa fuera el temor. No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, ¡sino de poder, de amor y de dominio propio! Por tanto, ¡Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera, porque en Ti ha confiado!» (Santiago 4:7; 1Juan 4:18; 2Timoteo 1:7; Isaías 26:3.) ¡Aleluya!

¡Dios logra sus mayores victorias de lo que parecen derrotas, y con frecuencia las trae por el olvidado sendero de la alabanza! Así que cuando lo veas todo muy negro, ¡no mires al suelo! ¡Mira **hacia arriba!** ¡No murmures ni te quejes! **¡Ponte a alabar al Señor,** y muchas veces alabando te librarás del abismo al que el Diablo está tratando de arrojarte! **¡La alabanza es la voz de la fe!**

OTRAS CONDICIONES PARA SANARSE, ¡Y PERMANECER SANO!

La felicidad, salud y bendiciones que disfrutamos en esta vida dependen de nuestra obediencia a Dios. Si no estamos dispuestos a pagar el precio que Dios nos pide por curarnos, ¡Él no nos cura! Sólo los **obedientes** reciben curación. Es un **premio** para los obedientes. La salud es una **bendición** especial que Dios da, y únicamente podemos exigirla si somos obedientes. ¡Pero si le desobedecemos no

tenemos derecho a exigir nada!

Dios puede y quiere curarnos, ¡pero primero nosotros tenemos que ser dóciles y sumisos a Él, y tomar la decisión de que deseamos ser librados sin reservas! Primero tenemos que corregir todo lo que ande mal en lo espiritual, y luego orar y encomendarnos por completo a Dios, obedeciéndole. ¡Así seguro que lo lograremos!

Esa es precisamente la razón por la que nos enfermamos a veces: que Dios está castigándonos o dándonos unos azotes, una paliza por algún motivo; no siempre, pero sí algunas veces. A Él le duele que nos portemos mal, porque nos ama y sabe que nuestra maldad nos perjudica, tanto a nosotros como a los demás. Por eso trata de corregirnos: para hacernos ver la luz y para que cambiemos radicalmente, nos arrepintamos y confesemos lo que hemos hecho mal.

¡Pero aun las palizas que da Dios son prueba de Su amor, y Él las da por amor! «¡Porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo!» (Hebreos 12:6.) Y aunque nos enfermemos por causa de nuestros pecados, la Biblia dice en el versículo 13 del mismo capítulo: **«Sino que sea sanado».**

Dios es misericordioso. Es un Dios que nos ama y tiene misericordia de nosotros. «Como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció Su misericordia sobre los que le temen. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Señor de los que le temen. Porque **Él conoce nuestra condición, se acuerda** de que somos polvo (Salmo 103:11-14).

Porque el Señor no desecha para siempre; y si aflige, también se compadece conforme a la multitud de Sus piedades; porque **no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres»** (Lamentaciones 3:31-33).



Así que, una vez que hemos aprendido lo que Dios quiere enseñarnos, o cuando las circunstancias sean propicias para el resultado que Él quiere producir, dice: **«sino que sea sanado»**. ¡Dios prefiere curarnos, siempre y cuando pueda confiarnos la curación y con la condición de que aprendamos lo que quiere enseñarnos y permitamos que nuestra molestia física produzca el resultado que Él desea.

Este mismo principio sigue vigente después de haber obtenido la curación. Si **no obedecemos** y **seguimos** en la voluntad de Dios, dándole siempre a **Él** la gloria por nuestra curación sin dejar de confiar en Él para conservar la salud, Él puede permitir que nos vuelva a afectar la enfermedad o dolencia a causa de nuestra ingratitud y desobediencia. Claro que si nos arrepentimos, Él nos puede perdonar y curar otra vez, porque «para siempre es Su misericordia» (Salmo 136).

La curación que Dios te da es una bendición especial, un valioso privilegio que, al revés que la Salvación, Él te puede retirar si no reconoces continuamente que es Él quien te da la salud y si no le das a Él toda la gloria. Por eso, si quieres conservarla, lo mejor es obedecerle. Es como un préstamo, como vivir de prestado, de modo muy precario. Una vez que te has curado, más te vale permanecer unido a Él y hacer las cosas para las que te curó. ¡Aprovecha para la gloria de Dios las fuerzas que Él te dio al curarte! ¿Amén?

CONCLUSIÓN

Claro que uno de los factores más importantes para la curación es la fe, saber que Dios nos ama, que vela por nosotros y que nos cuida pase lo que pase. La fe elimina el temor y la tensión: dos de las principales **causas** de enfermedad y mala salud.

Porque uno se siente en paz y puede apoyarse confiadamente en el Señor, sabiendo que Él se va a encargar de todo. La fe y la confianza en Dios brindan bienestar corporal, sosiego, satisfacción emocional y equilibrio espiritual, factores todos que tienden a mejorar en gran medida la situación general de salud. **Y tú, ¿tienes fe en Dios y en Su Amor? ¿Has conocido personalmente al Gran Médico, que trae «curación en Sus alas»? Si no, ¡lo único que tienes que hacer es recibir a Jesús, el Hijo de Dios, como Salvador tuyo, pidiéndole que entre en tu corazón! ¡Lo puedes hacer ahora mismo si quieres la solución de Dios a todos tus problemas, y que el amor y felicidad divinos llenen tu corazón y vida de "gozo inefable y glorioso»! (1Pedro 1:8.)**

¡Él puede darte todo lo que siempre has deseado: el **perdón** de los pecados, **fe** en Dios, **amor** en Cristo, una razón para **vivir y trabajar**, **paz** interior, **salud** corporal y **alegría, felicidad, amor y risas por siempre** jamás! ¡Él satisfará todas tus necesidades y resolverá todos tus problemas! ¡Él es así de maravilloso, y de

verdad que no podría ser más sencillo! ¿Por qué no lo pruebas a Él?

«**¿Quieres ser sano?**» (Juan 5:6.) ¿Sano en **cuerpo, mente y espíritu**? ¡Pues recibe a Jesús **ahora mismo!** Basta con que reconozcas y confieses que necesitas a Alguien que te salve de tus pecados, y recibas interiormente el Espíritu del propio Jesucristo tomando tú mismo una clara decisión personal. Él dice: «He aquí, Yo estoy a la puerta (de tu corazón) y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, **entraré a él**» (Apocalipsis 3:20). ¡Abre la puerta de par en par y deja que entre el Sol!

¡Y no olvides que más vale prevenir que curar y que hombre prevenido vale por dos! Es mejor conservarse en buena salud que tener que curarse, así que haz todo lo posible por **prevenir las enfermedades** guardando las **leyes divinas de salud**: buena alimentación, ejercicio y descanso, y un modo de vivir sanos. Todas estas cosas mantienen saludable a cualquiera.

Sin embargo, en el caso de que necesites Su curación, ¡ten presente que está a tu disposición! Basta con que extiendas la mano de la fe y la recibas, la aceptes. «**¡Él sana todas nuestras dolencias!**» (Salmo 103:3), ¡sin excepción alguna! ¡Él puede curarlo **todo!** «**¡Yo soy el Señor tu sanador!**» (Éxodo 15:26.)

¡Ora fervientemente y cuenta con un milagro! ¡Cree y recibirás! (Marcos 11:24.) Tú haz tu parte, que el resto es cosa de Dios. ¡Que Dios te bendiga y te guarde! **¡Cuenta con milagros!** ¡Y en el Nombre de Jesús los obtendrás!



RECIBE CURACION



"El Señor tu Dios, está en medio de tí. Poderoso, El salvará"
(Sofonias 3:17)

Éste es el texto que hace cerca de veinte y cinco años reveló la verdad de saneamiento Divino a mi mente y cuerpo debilitado. Es aún la puerta, más abierta que nunca, por la cual el Cristo viviente pasa a cada momento a mi cuerpo redimido, llenándole, dándole energía, vitalizándole con la presencia y poder de Su propia personalidad, transformando toda mi existencia en un "nuevo cielo y en una nueva tierra." *"El Señor, tu Dios."* Tu Dios. Mi Dios. Entonces todo lo que hay en Dios Todopoderoso es mío y está en mí en la medida que puedo y estoy dispuesto a apropiarme de Él, y todo lo que a El pertenece. Este Dios, "Poderoso," TODO Poderoso, es nuestro Dios EN MEDIO DE NOSOTROS. Él está en medio de mí, como Padre, Hijo y Espíritu Santo, con la misma certeza que el sol

está en el centro de los cielos o como el dinamo ocupa el centro de energía de mi triple existencia. Él está en medio, en el centro de mi existencia física. Está en medio de mi cerebro, está en medio de mis nervios.

Durante veinte y un año, no solamente ha sido una realidad viviente para mí, sino una realidad que ha crecido y enriquecido más profundamente hasta la edad de setenta años, haciendo que me sienta más joven y más dispuesto para todo que cuando tenía treinta años. Actualmente me encuentro fortalecido por Dios y haciendo a veces tanto trabajo mental y físico como hice en mis mejores tiempos pasados, y ten en cuenta que lo hago con la mitad de los esfuerzos necesarios. Mi vida física, mental y espiritual es semejante a un pozo artesiano, siempre lleno y rebosando. El hablar, enseñar, viajar de noche y de día en todos los tiempos, cualquiera que sea la temperatura que haga, no me causa mayor esfuerzo que a la rueda de molino el girar cuando la corriente rebosa, o al caño permitir que el agua pase por él.

-Dr. Henry Wilson.

"Porque por fé andamos, no por vista." (2 Corintios 5:7)

Por fe andamos, no por apariencias. Dios nunca quiere que miremos A nuestros sentimientos. El yo puede quererlo; como también Satanás puede desearlo. Pero Dios quiere que hagamos frente a los hechos y no nos dejemos llevar por sentimientos; los hechos de Cristo y de Su trabajo perfecto y terminado para nosotros.

Cuando hacemos frente a estos hechos grandiosos y los creemos porque Dios dice que son hechos, Dios se cuidará de nuestros sentimientos. Dios nunca concede el sentimiento para habilitarnos a creer en El; Dios nunca da el sentimiento para alentarnos a confiar en El; Dios nunca nos da el sentimiento para mostrar que ya hemos confiado enteramente en El. Dios solamente concede el sentimiento cuando ve que confiamos en Él, aparte de toda clase de sentimientos; dependiendo de Su propia Palabra y apoyándonos en la fidelidad de Su promesa.

Nunca hasta entonces puede el sentimiento (que procede de Dios) con toda posibilidad llegar a nosotros; y Dios concederá el sentimiento de la manera y en el tiempo en que Su amor infinito vea que es mejor para el caso individual.

Tenemos que elegir entre actuar conforme a nuestros sentimientos o actuar conforme a los hechos de Dios. Nuestros sentimientos pueden ser tan inciertos como el mar o como la arena veleidosa. Los hechos de Dios son tan ciertos, como la Roca de los Siglos, como el Mismo Cristo, que es el mismo ayer, hoy y para siempre.

"He hallado redención." (Job 33:24)

La vida divina es saneamiento divino. Es la primacía de Cristo sobre el cuerpo. Es la vida de Cristo en el marco. Es la unión de nuestros miembros con el mismo cuerpo de Cristo y la afluencia de la vida de Cristo a nuestros miembros vivos. Ello es tan cierto como Su cuerpo resucitado y glorificado. Es tan razonable como el hecho de que Él fué resucitado de los muertos y es un Hombre VIVO, con un cuerpo de verdad, un alma racional que hoy se encuentra a la diestra de Dios. Aquel Cristo viviente nos pertenece con todos Sus atributos y potestades. Somos miembros de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos y con solamente que lo creámos y recibamos, podremos vivir la misma vida del Hijo de Dios. Señor, ayúdame a conocer a "el Señor por el cuerpo y el cuerpo por el Señor."

-A. B. Simpson.

"¿Por qué andaré yo lamentándome?" (Salmo 42:9.)

Creyente, ¿Puedes contestar a eso? Puedes encontrar alguna razón para lamentarte con frecuencia vez de regocijarte? ¿Por qué someterse a melancólicas anticipaciones? ¿Quién te ha dicho que la noche nunca terminará *en* día? ¿Quién te ha dicho *que* el invierno de tu mal contento continuaría de helada en helada, de nieve, hielo y granizo a una nieve más

profunda y aún a una tempestad más pesada de desesperación?

¿No sabes que el día sigue a la noche, que el reflujo viene después del flujo y que la primavera y el verano siguen al invierno? Espera entonces! Espera siempre! Porque Dios no puede fallarte!

-C. H. Spurgeon.

*Tras la tormenta el arco iris,
y tras la obscuridad, la luz;
Tras la amargura, la alegría
Que a los creyentes dá Jesús.
Tras el invierno, primavera;
Tras el combate rudo, paz;
Tras triste valle, excelsa cumbre;
Tras cautiverio, libertad.
Tras cuanto vemos, Dios el Padre,
Su amor que nunca faltará;
Tras este mundo, el cielo a donde
Jesús nos ha de trasladar.
Alegre canto el alma eleva
Pues tras el velo Cristo está
Sosteniendo a la fé de Su nombre,
y he de mirar su hermosa faz.*

-Ernesto Barocia.

(Tomado de “Manantiales en el Desierto”, por Letty B. Cowman. Septiembre 25, 26 y 27)